

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia contó con una muy buena voluntad política, y éste fue un requisito muy importante –aunque no suficiente– para hacerla realidad; para ello, era preciso luchar contra los celos de los capitalinos respecto al interés del gobierno central por una universidad de provincia, cuyo porvenir se avizoraba como promisorio.

Luz Marina Duque M.

Universidad del Valle, Cali

LUIS MARIA CATERINA: *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20.* Buenos Aires, Editorial Corregidor, 1995.

La obra de Luis María Caterina –fruto de su tesis doctoral realizada en la Universidad de Buenos Aires– resulta ampliamente esclarecedora y es parte del creciente interés por contribuir al conocimiento de la Argentina de Hipólito Yrigoyen y de Marcelo T. de Alvear, aquel "estado liberal democrático" en palabras de Roberto Sabsay y Roberto Etchepareborda, que muestra aún cauces sin transitar, siendo no pocas las preguntas que merecen una respuesta más amplia por parte de los historiadores. El tema central de su libro aborda el estudio de la Liga Patriótica Argentina, entidad de profunda originalidad en la historia contemporánea de la República del Plata, que resulta un ejemplo nítido de un grupo de presión ideológico nacido bajo el fragor de los enfrentamientos de enero de 1919, prolongando su acción hasta entrada la década del 30 para luego languidecer. Partiendo desde sus parciales coincidencias con los distintos autores que han estudiado el fenómeno liguista – Navarro Gerassi, Zuleta Álvarez, Buchrucker, Godio, Rock, MacGee–, Caterina desenvuelve con seriedad su investigación, puntualizando diferencias que dan origen a un renovado conocimiento e interpretación a la luz de un amplio relevamiento de fuentes, especialmente a través de publicaciones de la Liga y de periódicos, que incluyen no sólo a la prensa de Buenos Aires, como suele ser usual, –aun cuando aquel grupo tuvo allí su origen–, sino también a numerosos medios del interior.

La tarea realizada a partir del proyecto de la generación del 80 había dejado su impronta de progreso y de cambio y la convicción de que se había gestado una gran nación, todo lo cual alimentó un patriotismo, basado en su potencial y en sus enormes perspectivas, al que también adherían los inmigrantes. Pero esa Argentina del Centenario convivía con los conflictos

sociales de una clase obrera desprotegida, movida en ocasiones a la acción por los grupos anarquistas. La Semana Trágica y su escalada de violencia proletaria aterrizó con la posibilidad de un triunfo revolucionario; aunque el orden fue restablecido por las fuerzas del gobierno, ante tamaña amenaza creció el interés por participar en la protección de la sociedad.

La Liga, como formación de grupos civiles armados con fines de auto-defensa y como "reacción preventiva" ante los sucesos, fue pensada por los sectores conservadores bonaerenses y promovida por el almirante Domecq García. Bajo el lema de "Patria y Orden", al naciente grupo se adhirió en un primer momento lo más reaccionario de la sociedad porteña, convirtiéndose en punto de reunión de los esfuerzos por afirmar la nacionalidad y defenderla en caso de peligro. Su difusión por el interior fue amplia, logrando aglutinar diversas organizaciones que habían surgido por idénticos temores de subversión social. Con una estructura organizativa formal, la presidencia vitalicia de Manuel Carlés terminaría por concentrar el poder.

Las fuerzas de choque –tanto en Buenos Aires como en las provincias– fueron las brigadas en sus múltiples agrupaciones. Luis Caterina ahonda en la complejidad de la Liga precisando sus móviles, su composición y su relevancia: las importantes brigadas locales y las femeninas; la de trabajadores libres, muchas propiciadas por los patrones con el fin de evitar la sindicalización; de aborígenes, como freno ante los extranjeros peligrosos de la Patagonia; de israelitas, que aunque efímera y de escasa actividad, fue conformada por un grupo de socios de la Bolsa de Comercio y surgida frente a los atropellos ocurridos en el Barrio del Once durante la Semana Trágica; la de estudiantes y la de maestros orientados hacia la formación y la propaganda patriótica.

La función primigenia de velar frente al peligro revolucionario, que en sí mismo implicaba tareas de vigilancia, de colaboración en la represión y de rompimiento de huelgas, había hecho surgir aquella fuerza paramilitar extendida y eficiente, dispuesta a combatir la violencia anarquista. En la dilatada geografía del país, desde el Litoral hasta el Sur patagónico, aunque muy en especial de Buenos Aires a la Pampa Central y las zonas cerealeras, los liguistas intervinieron mediante la disuasión o la fuerza en los conflictos laborales surgidos dentro de la estructura económica tradicional, donde se percibía la acción ácrata o socialista. No obstante, según advierte el autor, si se confrontan esas intervenciones con el total de conflictos que se desarrollaron por aquellos años a lo largo del país, resultan reducidas. Su presencia constante dispersó a los anarquistas en el campo –sostiene incluso Caterina la concreta incidencia de la Liga en el desplazamiento de aquellos extranjeros hacia la ciudad–, desarticuló intentos de agremiación evitando los

reclamos de los peones rurales en el momento de la cosecha y consiguió decididas adhesiones.

El gobierno de Yrigoyen, con el que la Liga pretendía colaborar, toleró su surgimiento, sin disolverla o reprimirla, en un momento que las tensiones no le permitían enfrentar otros conflictos. Sólo después impondría límites a su tácito apoyo, desalentando la participación de los militares y prohibiendo la utilización de las Comisariías de Buenos Aires para la realización de reuniones. Autoerigidos en guardianes de la sociedad, con la adhesión de muchos radicales, la aprobación del poder judicial, el respaldo de la mayoría del Congreso y la gran prensa, la Liga Patriótica coexistió, en una experiencia inédita, con las fuerzas armadas y de seguridad custodiando el orden. Luego su interés iría a influir en la opinión pública y en que los poderes del Estado aceptaran sus ideas.

El autor reseña los congresos que entre 1920 y 1930 convocó periódicamente la Liga en Buenos Aires, dando cuenta con minuciosidad de los concurrentes, de los proyectos aprobados y de la variación en el tiempo de la preocupación por temas sociales, laborales, económicos. Muchos debates que luego recogerán el nacionalismo y el peronismo están en germen en las discusiones y propuestas que se generaron en aquellos encuentros, como el papel de las Fuerzas Armadas, la urgencia por una legislación laboral y social, las posibilidades de la democracia. También allí se mostró un interés desusado para la época por los territorios nacionales y por las condiciones de vida y la integración definitiva de los aborígenes a través de la entrega de nuevas tierras que rompiera la unidad de las comunidades, buscando, así, su asimilación al resto de los habitantes del país. Notable, asimismo, fue la preocupación por el desigual desarrollo argentino, en especial el de la Patagonia. La protección y fomento de la industria nacional fue aquel aspecto en que hubo más acuerdo entre los hombres de la Liga, influyendo no poco en ello la admiración de Carlés por las ideas industrialistas de Carlos Pellegrini. Se planteó la necesidad de contar con líneas de navegación aérea comercial, con una marina mercante nacional y con rutas viales modernas. Fueron creciendo las críticas contra el capital extranjero, por ejemplo en el caso de la Forestal o del comercio de carnes, que prefigurarían los grandes debates de la década del treinta. Según Luis Caterina, basta releer los escritos de FORJA de entonces para ver las coincidencias entre ambas corrientes de pensamiento, mucho más cerca de lo que se estaría de los ministros de la Concordancia. En lo que respecta a la intervención del Estado en la economía, la posición era más contradictoria y fue donde se produjeron más discusiones y defecciones entre los sectores de la Liga. Los que quedaron en ella avanzarían en la adscripción a la intervención estatal.

Un nudo importante de la obra gira en torno al pensamiento de la Liga

Patriótica, ya que la atención de los investigadores ha estado más dirigida hacia su acción que hacia sus ideas. Caterina se inclina por afirmar que el fundamento ideológico de su actividad era un conservadurismo de orientación cristiana y con una arraigada tradición nacional en la línea de las salvíficas Logia Lautaro y Asociación de Mayo, encontrando similitudes con el ideario de la democracia progresista fundada por Lisandro de la Torre. Su defensa de la Carta Magna, su apego a las leyes fundadoras de la nación y su voluntad por mantener el orden social dado la enfrentarán con el accionar del anarquismo, el socialismo y el sindicalismo. Para la Liga, sólo la evolución paulatina de las instituciones y el desarrollo económico lograrían mejores condiciones de vida para los trabajadores.

Aceptaba como única forma de gobierno posible a la democracia, aunque fieles al pensamiento de los hombres de la generación del ochenta, miraba con prevención el voto popular y el régimen de partidos, criticando con vehemencia sus errores. No obstante, no cuestionará su función, a diferencia de los grupos nacionalistas de la década siguiente. Manifestando un apoliticismo crítico, ningún dirigente de la Liga debía actuar destacadamente en la política de partidos, ni aceptar puesto activo en los comités. Ciertamente que el criterio varió con el tiempo; sin embanderarse con el sector antipersonalista de forma abierta, mostró su preferencia por él y muchos hombres de la Liga participaron en el gobierno de Alvear. Frecuentemente se le adjudica a la Liga una ideología fascista, con lo que Caterina no concuerda. La veta corporativa representada por la educación a grupos sociales, como medio para alcanzar la plenitud democrática, mostró divergencias entre los miembros de la Liga. Más representaban inquietudes generales que se manifestaban contemporáneamente en Europa sobre la necesidad de perfeccionar la representación popular. Su vinculación con la Iglesia era muy visible –no pocas reuniones de la Liga tuvieron lugar en parroquias de Buenos Aires–, pero a diferencia del nacionalismo de la década siguiente que buscaba la conformación de un estado cristiano, el pensamiento liguista pretendía valorizar la ética del cristianismo como guía para desarrollar la cultura patria y moralizar al pueblo atemperando los requerimientos sociales, sin que ello pareciera enmarcarse en el inédito llamado a la acción social y política que había significado en el mundo católico la encíclica papal "Rerum Novarum". Defendía las Fuerzas Armadas –lo que se advertirá con claridad en los conflictos obreros de la Patagonia–, como guardián de las leyes fundamentales y como fuerza civilizadora. Valoraba el poder equilibrante de las clases medias. Aunque no había en su seno una oposición xenófoba, sí rechazaba corrientes de pensamiento que consideraba extrañas al ser nacional. Compartía el miedo a la inmigración, que en la época era importante en vastos sectores, pero anhelaba su inmediata asimilación; el

problema principal que ella acarreaba era la posibilidad del cambio violento de estructuras, cuando la conservación del orden se había transformado en una verdadera obsesión.

No encuentra el autor respaldo documental a la existencia de tendencias antisemitas en la Liga, aun cuando su característica intransigentemente nacionalista posibilitaba que en su seno encontraran cabida tales expresiones. Por ejemplo, aquéllos que se oponían a la colonización judía en Entre Ríos por ver en ello un peligro a la nacionalidad se alinearon en las filas liguistas. Sin embargo, la Liga desautorizó a los que atacaban a los sectores judíos.

¿Por qué la Liga participó en la revolución de 1930? La percepción de que los principios constitucionales estaban amenazados por las masas políticas cuya única fuerza eran la inercia y el pesimismo y la desorganización de los poderes públicos hicieron reaparecer el viejo temor de la Liga, el de sus orígenes, y recrear la desconfianza hacia el gobierno: de las críticas frontales se desembocará en violentos ataques públicos. Caterina también arriesga a ver en la actitud de Carlés un interés por respaldar un eventual gobierno "patriótico" de emergencia nacional, por encima de todos los partidos, empantanados en una lucha sin solución y sin posibilidad de convivencia. El gobierno de septiembre y el justismo no le devolverán su fe en las instituciones republicanas. Los conservadores, cómodos en un orden basado en el fraude, la abandonarán al igual que la gran prensa; los nacionalistas la rechazarán pues no la ven como fascista y antisemita, ni capaz de luchar por un estado nuevo como el que anhelaban.

El autor advierte las dos realidades en las que se había escindido la Liga a lo largo de la década del veinte: los grupos que la habían formado y financiado, y que la preveían como una misión de circunstancia; y los que creyeron en su amplia convocatoria, superadora de los partidos, sintiéndose impulsores de una evolución acelerada, que pedían reformas sociales y comenzaban a opinar críticamente sobre ciertos aspectos del ordenamiento económico. Aquella contradicción interna no pudo ser resuelta, y tampoco la Liga Patriótica fue capaz de integrarse a la vida política partidaria: con ello vendría la declinación.

La obra de Luis María Caterina sobre las ideas y las acciones de los argentinos de la década del veinte, por el valor de sus aportaciones y por la novedad de algunas de sus interpretaciones, está en condiciones de ser generadora de un rico intercambio historiográfico.